

§ XXIII.

S. JUAN CRISÓSTOMO.

1. Si bien este grande Santo no murió por la fé, ni por mano de verdugo; no obstante, bien puede llamarse mártir, por haber perdido la vida á causa de los malos tratamientos que sufrió por defender el honor de Dios y el bien de la Iglesia. Nació S. Juan en Antioquía, cerca el año 347 de una de las primeras familias de aquella ciudad. La madre, habiendo quedado viuda en la edad de 20 años, se mostró muy solícita en la buena educacion de su hijo. Le hizo estudiar bajo la direccion de escelentes maestros la retórica y la filosofía. El santo jóven mostraba hacer gran fortuna en el mundo, mas desde la edad de 20 años se aplicó al estudio de las sagradas Escrituras y á la oracion, consagrándose enteramente al amor del Crucificado, por cuyo motivo san Melezio, que era su obispo, le cobró tanta aficion, que le instruyó por tres años, y le hizo lector en su iglesia.

2. Despues de haber pasado cerca seis años en Antioquía, dedicado á santificarse por medio del retiro y la mortificacion, creyó deber retirarse y mortificarse mas, por lo cual se retiró á una montaña, y despues pasó á habitar en una cueva, en donde permaneció por otros seis años, en continuas oraciones y en tan ásperas penitencias, que debilitaron mucho su salud; y así se vió obligado á volver á Antioquía, en donde S. Melezio le ordenó de diácono, y cinco años despues Flaviano, sucesor de S. Melezio, le ordenó de sacerdote; y conociendo su singular talento para el púlpito, le encargó el

predicar en su iglesia. Cuyo encargo desempeñó con tanto fruto y contento universal, que los oyentes le alababan públicamente con aclamaciones y palmoteos, mas el Santo les decia : — ¿De qué me sirven estos vuestros aplausos? Mi único deseo es que pongais en práctica lo que os predico; ved ahí todo el aplauso que espero y apetezco de vosotros.

3. En el año 397 murió Nectario, patriarca de Constantinopla, y como el nombre de nuestro Santo se habia ya hecho célebre por todas aquellas provincias, el emperador Arcadio, á instancias del clero y del pueblo, resolvió nombrarle obispo de aquella ciudad, á cuyo fin hizo venir á S. Juan á Constantinopla, y sin declararle su designio, le hizo subir en su coche, y se lo llevó á una iglesia fuera de la ciudad, y allí le hizo consagrar por otros obispos, bien que con grande repugnancia del Santo. La ciudad de Constantinopla que habia por desgracia tenido por obispo durante diez y seis años á Netario, hombre sin ciencia ni zelo, y aquella vasta metrópoli, inundada de forasteros y de hereges, necesitaba de gran reforma. A esta reforma se aplicó con todas sus fuerzas S. Juan Crisóstomo. Y como hallase tambien relajadas las costumbres del clero, y el Santo ardia en zelo, fatigóse mucho para reformarlas, y no menos fatigas le costó el corregir la avaricia y el orgullo de los grandes que servian al emperador, lo cual le acarreó muchos enemigos (1).

(1) Si el lector desea conocer algunas noticias mas circunstanciadas de la vida de este Santo, una de las primeras lumbreras de la Iglesia, de sus numerosos escritos, del carácter particular de su elocuencia, y leer algunos pedazos brillantes de sus homilias, sermones y cartas traducidas del original griego por uno de nuestros amigos, el malogrado D. Manuel de Cabanyes, puede acu-

4. Sobre aquella época llegaron á Constantinopla algunos solitarios espulsados del Egipto por Teófilo, obispo de Alejandria, so pretexto de que eran originistas; pero hallándolos S. Juan inocentes, escribió á Teófilo en favor suyo, rogándole que los dejase en paz. Pero Teófilo, que era hombre soberbio, enojado contra el Santo porque habia tomado bajo su proteccion aquellos infelices, resolvió perder á nuestro Santo, y lo logró. Porque cuando Teófilo fué llamado por el emperador á Constantinopla para justificarse, luego de llegado allí, coligóse con algunos obispos, señores de la corte, y muchos otros individuos del clero enemigos de Juan; y de tal manera cambió el papel de reo en actor, que llegó á ganarse el favor hasta de la emperatriz Eudoxia, la cual estaba á la sazón enojada contra el Santo, por haberla reprendido sobre unos dineros quitados á la viuda Callitropas y otro campo que quitó á otra viuda. Y aquel hombre vengativo consiguió reunir un conciliábulo de 36 obispos de su partido en cierto lugar llamado *de la Encina*, en donde á fuerza de calumniar al Santo, le hizo deportar, y obtuvo orden del emperador, para que san Juan fuese espulsado de su iglesia y conducido á un destierro. Oyendo esto el pueblo, circuyó la iglesia y la casa del Santo, para que no les fuese quitado su obispo. Pero el Santo, para evitar una sedicion, de la cual habia ya síntomas, salió por una puerta secreta, y se puso en manos de los soldados que le condujeron á Bitinia. Y sucedió que en la noche del día siguiente

dir al tomo VII de *la Religion* en su primera série, pág. 149, 265, y 275, en donde procuramos recoger noticias interesantes del Santo y de su época, y presentar algunas muestras escogidas de su estilo lleno de amor á Dios y á los hombres, de vehemencia y de sublimidad.

hubo en Constantinopla un grande terremoto que todos consideraron como una señal de la divina venganza. La misma emperatriz quedó aterrorizada de modo que indujo al emperador á que volviese á llamar al santo obispo para hacerle regresar á la ciudad. Al momento se espidió la orden para que volviese, y á tal nueva todo el pueblo le salió al encuentro cantando himnos, y llevando muchas antorchas en la mano. Llegado que hubo á la iglesia, el pueblo se apiñó á su alrededor, y le obligó á pesar suyo, á sentarse en la silla episcopal.

5. Mas Teófilo, á la llegada del Santo, con otros de su partido, atemorizados huyeron de Constantinopla. Volvió el Santo al ejercicio de sus sagradas funciones, y solicitaba del emperador que se convocase un concilio para justificar su inocencia; pero un nuevo accidente hizo mudar de aspecto los negocios. En la plaza de la iglesia catedral llamada de santa Sofía, habíase levantado una estatua de plata de la emperatriz, y con este motivo se habian dado bailes y espectáculos, habiéndose movido tanta algazara que perturbó en la iglesia la celebracion de los divinos oficios. Por lo cual el Santo reprendió fuertemente al pueblo por aquella irreverencia que habia llevado hasta el santuario. Mas de esto se resintió la emperatriz Eudoxia, y para vengarse se valió de Teófilo y de los obispos enemigos del Santo, los cuales so pretexto que él habia vuelto á ejercer sus funciones episcopales, antes de haberse justificado delante de un concilio, se reunieron en otro conciliábulo, le condenaron y le depusieron.

6. Despues de tan injusta deposicion, vino orden del emperador á S. Juan para que no entrase en su iglesia, por lo cual, salió este de la ciudad, y como era el día

de sábado santo, entró en una iglesia del campo para celebrar los divinos oficios. Mas los enemigos del Santo consiguieron un destacamento de 400 soldados, que entrando espada en mano en aquella iglesia, mientras se estaba administrando el santo bautismo, hirieron algunos sacerdotes y ultrajaron á las jóvenes que se preparaban para ser bautizadas, llegando la insolencia hasta pisotear el Sacramento adorable del altar : en suma, fué tal la conmocion que las gentes aterradas corrieron á refugiarse en los valles y en los bosques. Por fin, Arcadio, aunque no odiase á S. Juan, sin embargo, impulsado por las insinuaciones de su esposa y de los obispos contrarios al Santo, impuso á este el destierro, y le mandó partir inmediatamente. A órden tan terminante que recibió en la iglesia, se despidió de los obispos sus amigos, y saliendo por una puerta escusada, se entregó á los soldados que le condujeron, caminando dia y noche sin descanso hácia Cucuso, pequeña ciudad de la Armenia; y el Santo, aunque afligido por una calentura tercianaria, tuvo que viajar sin compasion. Duró el viaje 70 dias, de los cuales, pasó el Santo treinta en accesos continuos de una fiebre que le devoraba.

7. Llegado que fué á Cucuso, el obispo de aquel lugar le alojó en una casa, en donde encontró algun reposo á tantas fatigas como acababa de padecer. Mas no quedó allí ocioso el Santo; se puso á instruir á aquellas buenas gentes, y á socorrer á los pobres en lo que podia : desde allí escribió muchas cartas para consolar á los suyos, y tambien para ayudar las nuevas iglesias fundadas en Persia, esto es, en la Goria y en la Fenicia. Entre tanto, el papa Inocencio I informado de

las injusticias que á S. Juan se hacian, determinó convocar un concilio general, donde definitivamente se declarase la inocencia del Santo. Mas los enemigos emplearon todas sus fuerzas para impedirlo, y lo consiguieron, pues Arcadio, engañado por los obispos del bando contrario y por sus ministros, eludió la convocacion. Y no pudiendo los enemigos del Santo sufrir la gloria que iba adquiriendo en el lugar de su destierro, lograron una órden de Arcadio para que S. Juan fuese transportado á Pitonto, ciudad desierta, y la última del imperio. Por lo tanto, debiendo partir S. Juan de aquel país, fué confiada su custodia á dos ministros, uno de los cuales hombre brutal y comprado por los enemigos del Santo para que le hiciese morir por el camino, le hacia caminar cuando llovía en abundancia, le esponía á los mas ardientes calores del sol, no dejándole descansar en los parajes que ofrecian alguna comodidad, y haciéndole alojar en aldeas donde todo faltaba.

8. Habiendo llegado á la ciudad de Cumana, en el Ponto, quiso el bárbaro proseguir el viaje, y llegar cinco millas mas lejos, á una iglesia en donde estaba el sepulcro de S. Basilio mártir, obispo que habia sido de Cumana. Alojáronse allí en una casa contigua á la iglesia, y en la misma noche se apareció á Juan el santo mártir, y le exhortó á que tuviese ánimo, diciéndole : *Mañana estaremos juntos*. El Crisóstomo, dando fé al oráculo, y viendo cercano el fin de sus penas, rogó á los soldados que difiriesen la partida hasta la mañana siguiente. No pudo conseguirlo; pero apenas hubieron andado alguna milla, se vieron obligados á volver á la misma casa, pues vieron al Santo reducido al postrer trance de su vida; y luego de regresados, el Santo mudó

sus vestidos, y se cubrió de una ropa blanca, y sintiendo que se le escapaba la vida, tomó el santo viático; y hecha la última oracion, repitiendo aquellas palabras que tenia siempre en la boca: *Gloria á Dios por todas las cosas*, dijo *Amen*, y entregó su alma al Criador en 24 de setiembre del año 407, despues de 60 años de vida, y nueve y siete meses, á corta diferencia, de episcopado. Acudió al momento de las provincias vecinas grande multitud de monges y otros personajes ilustres á honrar su sepultura. Pocos dias despues de la muerte de S. Juan Crisóstomo no dejó el cielo impunes á sus enemigos, en especial Eudoxia, que murió en breve, y no tardó en seguirla Arcadio á los 31 de su edad, y estas muertes fueron comunmente tenidas por efectos de la venganza divina.

9. Mas ni aun con la muerte del Crisóstomo no cesó la persecucion contra sus adictos, en especial contra un sacerdote llamado Tigrio y un clérigo lector por nombre Eutropio, pues despues que el santo fué segunda vez espulsado de Constantinopla, sucedió el incendio de la grande iglesia de Santa Sofia y del palacio del senado, y la culpa se atribuyó entre otros á estos dos eclesiásticos. Hallábase gobernador de la ciudad Optato impio pagano, el cual hizo poner á Eutropio en el tormento, por ser el mas jóven, y para que revelase los autores del incendio: mas Eutropio dilacerado con uñas de hierro en los costados, y abrasado por hachas encendidas, se mantuvo firme en no revelar á ninguno; y escribe Paladio que entre estos tormentos acabó sus dias. Despues Optato pasó á obrar contra Tigrio, le hizo azotar, estender luego sobre el ecúleo, pero con tal furia que le quedaron dislocados todos los huesos. Y por último se

le desterró á Mesopotamia, en donde murió. La Iglesia honró despues á los dos santos con el título de mártires.

10. En el año 428 empezó á celebrarse el nombre de S. Juan Crisóstomo, y posteriormente el arzobispo Proculo persuadió al emperador Teodosio, el jóven, que trasladase el cuerpo del santo desde Cumana, donde descansaba, á Constantinopla. La traslacion de las sagradas reliquias honró sobremanera al Santo, pues todo el pueblo salió á recibirlas: el estrecho por donde pasaron apareció cubierto de barcos y vistosamente iluminado. Al llegar el santo cuerpo, el emperador Teodosio, bañados los ojos con lágrimas, y la frente inclinada sobre el féretro, pidió humildemente perdon al Santo para su padre y para su madre de las injusticias cometidas contra él. Esta traslacion se verificó en 27 de enero del año 438, esto es, 31 años despues de la muerte de S. Juan Crisóstomo.

§ XXIV.

S. PIONIO.

1. S. Pionio fué sacerdote de la iglesia de Esmirna: fué muy docto, y ardía en grande amor hácia Jesucristo; y por el celo que de su gloria tenia, se aplicó á la conquista de las almas, y tuvo la dicha de convertir muchos infieles, y de retraer á muchos pecadores de su mala vida.

2. Ardía en su tiempo, sobre el año 250, la persecucion contra los cristianos bajo el imperio de Decio, por lo cual estaba el santo en continua oracion, preparándose al martirio en el caso que le prendiesen los idóla-

tras. Estaba orando un dia con Asclepiades, y con una muger llamada Sabina, entrambos sugetos muy piadosos, y le fué revelado que al dia siguiente todos tres serian presos por causa de la fé; por cuyo motivo los tres ofrecieron desde luego muy gustosos sus vidas á Jesucristo, y se pusieron una cuerda al cuello para manifestar á los soldados que fuesen enviados para su prision, cuan dispuestos estaban ellos al martirio. Por la mañana siguiente compareció un cierto Palemon, inspector principal de la custodia de los templos, con mucha tropa, y les dijo: — ¿Sabeis las órdenes del príncipe para que todos sacrifiquen á los dioses del imperio? — Respondió S. Pionio: — Lo que sabemos nosotros es el precepto de Dios de no sacrificar á nadie mas que á él como Señor único del universo. — Dicho esto, les prendieron, y condujeron á la plaza, á donde llegado S. Pionio, y dirigiéndose á los enemigos de la fé, les dijo que en vano se felicitaban por algunos pocos y malos cristianos que habian abandonado la religion de Jesucristo, y les protestó que por ningun tormento hubiera él adorado jamás á sus númenes que impiamente llamaban dioses.

3. Díjoles Palemon: — ¿Cómo quereis vos, Pionio, privaros de la vida presente, y de la bella luz del dia que disfrutais? — Respondió el Santo: — Bella es esta luz, no hay duda, pero existe una luz mas bella, una vida mas amable, por la cual suspiramos los cristianos. — El pueblo le exhortaba á que sacrificase, pero él respondió: — Nuestra resolucion es vivir en nuestra fé, y en ella queremos perseverar. — Deseaba el pueblo que el Santo hablase en medio del teatro para poderle oír mas cómodamente; mas algunos dijeron á Palemon,

que si le daba libertad de hablar quizás se moveria alguna sublevacion en el pueblo, y así dijo á Pionio: — Si rehusas sacrificar, ven á lo menos con nosotros al templo. — Replicó el Santo: — No conviene á vuestros dioses que nosotros los cristianos entremos en vuestros templos. — Con que tú, replicó Palemon, no quieres dejarte persuadir. — Y dijo Pionio: — A Dios pluguiese que hubiera yo podido persuadiros el ser cristianos! — Y respondieron algunos idólatras: — A esto no podríais inducirnos, aunque fuésemos quemados vivos. — Y añadió el Santo: — Mas peor será arder despues de la muerte en un fuego eterno.

4. Palemon deseaba ardientemente salvar la vida á Pionio, y así no cesaba de invitarle por todos los medios á que sacrificase. Pero el Santo, resueltamente le respondió: — Vos teneis orden ó de persuadirme, ó de castigarme: ya que no podeis persuadirme, debéis castigarme pues. — Indignado entonces Palemon le preguntó: — ¿Y porqué no quieres sacrificar? — Porque soy cristiano. — ¿Y cual es el Dios á quien adoras? — Adoro al Dios omnipotente que todo lo crió, y tambien á nosotros, como así me lo ha enseñado Jesucristo. — Sacrifica á lo menos al Emperador, dijo Palemon, y respondió el Santo: — No se diga jamás que yo sacrifico á un hombre.

5. Preguntóle entonces el juez judicialmente como se llamaba y de qué iglesia era. — Respondió el Santo: — Me llamo cristiano, y soy de la Iglesia católica, y lo mismo respondieron los otros tres compañeros, que fueron en seguida enviados á la cárcel. Mientras iban caminando dijeron algunos que muchos cristianos habian idolatrado, y respondió el Santo: — Cada cual es dueño de su voluntad: yo me llamo Pionio. — Queriendo

con esto animar á los demas para imitarle y conservarse firmes en la fé. Llegados á la cárcel, muchos cristianos le enviaron alimentos y refrescos, tantos como podia desear; pero el Santo los rehusó todos diciendo: — No pienso ahora en otra cosa que en el martirio que voy á obtener. — Viendo las guardias tantos cristianos que venian á visitar á S. Pionio, le trasladaron á él y á sus compañeros á otro lugar mas oscuro y mas remoto, de lo que los santos dieron gracias á Dios, pues allí podian tratar con Dios mas familiarmente por hallarse mas solitarios. Mas sin embargo fueron á encontrarles muchos cristianos que por la violencia de los tormentos habian renegado. El Santo lamentando su caída, les exhortó á que la expiasen con la penitencia, y esperasen el perdón de la piedad de Jesucristo.

6. Sobrevino poco despues Palemon con una turba de soldados con una órden del procónsul para conducir á Pionio y á sus compañeros á Efeso. El Santo pidió que le dejasen ver esta órden, pero un gefe de la tropa le echó una cuerda al cuello, atándole tan estrechamente que casi le ahogaba. Fué despues arrastrado el Santo hasta la plaza con aquella misma cuerda que le impedía la respiracion. Llegados los santos mártires al templo de los ídolos, se arrojaron á tierra para no entrar, pero los soldados á viva fuerza los arrastraron hasta dentro, y los pusieron al pié del altar sacrilego. Allí se encontraba Eudemon, obispo de Esmirna, el cual miserablemente habia sacrificado á los dioses, y esperaban que el ejemplo de aquel infeliz les moveria á prevaricar. Hasta uno hubo que quiso poner en la cabeza de S. Pionio una corona de aquellas que llevaban los que sacrificaban; pero el Santo la hizo pedazos y la ar-

rojó. Y habiendo apurado ya todos los medios para pervertirlos, los encerraron de nuevo en un calabozo, donde al ir á entrar el Santo, un soldado le dió un grande golpe en la cabeza. El Santo lo sufrió con paciencia, pero el cielo castigó de repente al percusor, con una inflamacion y entumecimiento de mano y de costados que no le dejaba respirar.

7. Pasados algunos dias vino el procónsul á Esmirna, y haciéndose presentar á S. Pionio, le preguntó de que secta era, y contestó el Santo: — Soy sacerdote de la Iglesia católica. — Y le replicó el procónsul: — ¿Con que tú tienes el oficio de doctor y eres maestro de la locura? — Y el Santo: — No de locura, sino de piedad. — Y de qué piedad? — De aquella piedad que tiene por objeto á Dios, que hizo el cielo y la tierra. — Dijole el procónsul: Sacrifica. — Respondió el Santo: — A mí me han enseñado á adorar un solo Dios viviente. — Mandó entonces el tirano que fuese puesto en tortura, y puesto en ella, le estimulaba todavía á sacrificar como habian hecho, decia, muchos cristianos, y despues de habérselo repetido por muchas veces, le condenó á morir en las llamas. Y S. Pionio caminaba al lugar del suplicio con presteza y con severo semblante. Llegado allí se desnudó por sí mismo, y se acomodó en el madero donde debia ser clavado. Y le dijeron los paganos entonces: — Arrepíentete Pionio, promete obedecer, y serás desclavado. — Y él respondió. — He sentido ya el dolor de los clavos, y deseo morir, para que conozca el pueblo que á la muerte deberá suceder algun dia la resurreccion. Metido ya el fuego á la leña, cerró el Santo los ojos, y creyó el pueblo que ya habia muerto; pero el Santo hacia oracion, despues de la cual volvió á abrir-

los y dijo : *Amen*; y luego con alegre semblante espiró diciendo : *Recibid, Señor, mi espíritu*. No se sabe cual fuese el fin de sus compañeros, pero debemos piamente creer que consumaron tambien en paz el martirio.

§ XXV.

S. ADALBERTO.

1. San Adalberto nació en Bohemia sobre la mitad del siglo x de una ilustre familia. Su padre Eslavingo, señor de muchas posesiones, le envió para estudiar á Magdeburgo, hácia el año 973, bajo el cuidado del arzobispo Adalberto, que regia aquella iglesia ; y en una escuela de jóvenes, dirigida por el monge Oderico, en donde aquellos discípulos, á mas de la aplicacion al estudio se daban recíprocamente buen ejemplo por sus irreprehensibles costumbres.

2. Nueve años continuó Adalberto en aquella escuela, haciendo notables progresos en las ciencias humanas, pero mucho mas en la ciencia de los santos, pues todo el tiempo que daban los demas al honesto recreo, él lo consagraba á la oracion, empleándose ademas en visitar á los pobres y consolar á los enfermos. Formó allí una coleccion abundante de escritos de los padres y doctores de la Iglesia, y con esta biblioteca regresó á Bohemia, y entró como individuo en el clero de Praga. El arzobispo de aquella ciudad, llamado Ditmano, le cobró singular afecto por razon de sus virtudes, y le ordenó de subdiácono, y no tardó en morir. Estando el pueblo para elegir el nuevo obispo, de acuerdo con el duque señor de Bohemia y con los magnates de la ciudad, con-

vinieron todos en elegir á Adalberto, el cual se escusó de aceptar aquel cargo, alegando ser indigno de él, y sus pocos años ; pero no fué atendido y le fué forzosamente obedecer, mientras que el mismo emperador, confirmando su eleccion, le hizo consagrar por Vallegrio arzobispo de Maguncia ; y al volver á Praga fué elevado al trono episcopal con aclamacion del pueblo. Ya al comenzar el gobierno de aquella iglesia dió á conocer lo sumo de su piedad. En cada fiesta distribuía cuantiosas limosnas, y cada dia daba de comer á doce pobres, dormía sobre la tierra y ceñido de un cilicio, y pasaba gran parte de la noche en oracion : predicaba de continuo, y visitaba muy á menudo los presos y los enfermos : en suma, estaba enteramente consagrado á las obras de la gloria de Dios y del bien del prójimo.

3. Mas aquel mismo pueblo que al principio con tanto júbilo le habia recibido, poco se aprovechó despues de sus instrucciones, antes bien parecia que la mayor parte se obstinaban por lo mismo en obrar lo contrario. Por manera que Adalberto resolvió dejar aquel pueblo de dura cerviz, mas antes quiso consultarlo con el papa Juan XV, y el papa consintió. Resolvió despues Adalberto visitar á pié los santos lugares de Jerusalem ; mas pasando por Monte-Casino, el abad y otros de aquel monasterio le aconsejaron que se quedase allí, haciéndose monge, y el Santo no desdeñó el consejo. Pasado empero algun tiempo, viéndose allí descubierto por lo que era, fuése á Roma, y allí por consejo del papa en el año 990 tomó el hábito religioso del monasterio de S. Alejo. Adalberto vivió allí en paz por espacio de tres años y medio ; mas viendo el duque de Bohemia el gran desconcierto de la Iglesia de Praga

desde la partida del santo obispo, hizo suplicar al papa que le mandase volver, y el papa le obligó al regreso.

4. Regresado á Praga S. Adalberto, prometió el pueblo obedecerle, pero no lo cumplió de modo alguno. El Santo pues dejó otra vez á Praga y partió á la conversion de los Ungaros, que eran idólatras. Mas no aprovechando allí mucho, y siguiendo los Bohemios en ser los mismos, volvió á su monasterio de Roma; mas el papa le obligó á volver de nuevo á Praga. Obedeció el Santo, pero antes de entrar supo que los Bohemios en ódio suyo habian muerto á sus hermanos. Por lo tanto procuró que el duque de Polonia enviase á decir á los Bohemios, para que explorase si estaban dispuestos á recibirle. Respondieron ellos: — Él es un santo, y nosotros somos pecadores, y así no podemos hallarnos bien juntos. — Oido esto por Adalberto, se creyó bastante libre del cuidado de aquella iglesia, y fué á convertir prusianos infieles. Allí, despues de haber sufrido inmensos trabajos, un dia se mancomunaron aquellos paganos para preguntarle con furor por cual causa habia venido á su país. Respondió que habia venido para su salvacion, y así les exhortaba á dejar los ídolos, y á reconocer el verdadero Dios si querian salvarse. Mas aquellos bárbaros tomaron en mal sentido sus palabras, y cierto dia un sacerdote de los ídolos llamado Sigo le traspasó el pecho con un dardo, y despues los otros idólatras le acabaron de matar, mientras el Santo levantadas las manos al cielo, rogaba á Dios por ellos. Despues de muerto aquellos inhumanos pusieron su cabeza sobre una pica, y marcharon dando alaridos de insensato júbilo. Su martirio acaeció en 23 de abril

del año 997, y el Señor houró despues su memoria con repetidos milagros.

§ XXVI.

S. JAIME, S. MARIANO Y COMPAÑEROS.

1 San Jaime fué diácono, y S. Mariano lector, pero no se sabe de qué iglesia, y se ignora asimismo su patria. Partieron á la Numidia, y llegados á un cierto pueblo llamado Muguas, poco distante de la ciudad de Cirta, se detuvieron allí. En aquella provincia eran perseguidos por todas partes los cristianos, y el prefecto que la gobernaba les tenia tanto ódio, que á los que en la pasada persecucion habian sido condenados al destierro, los reclamaba para condenarlos de nuevo. Y por ende nuestros santos se creyeron próximos á alcanzar el martirio que tan de veras deseaban.

2. Mientras estaban en Muguas, pasaron por allí los dos santos obispos Agapio y Secundino, que cabalmente habian sido llamados por el prefecto para ser de nuevo juzgados. Al partir aquellos santos obispos dejaron á Jaime y á Mariano muy animados en dar la vida por la fé: y apenas hubieron pasado dos dias vinieron los soldados, y los prendieron y llevaron prisioneros á Cirta. Algunos piadosos cristianos viéndolos en cadenas les envidiaban la suerte, y les exhortaban á mantenerse firmes. Advirtiéndolo los idólatras, les preguntaron si eran cristianos, y respondiendo ellos que sí, fueron encarcelados y consiguieron el martirio antes que nuestros dos santos; los cuales presentados despues á los magistrados de Cirta, confesó Jaime con fortaleza ser